La visita de Federico a Montevideo

Es innegable la influencia que García Lorca ejerció sobre los poetas rioplatenses durante las décadas del veinte y del treinta. Pero ella se debió no sólo a la lectura de su obra sino también, en gran parte al contacto directo. Visitó Buenos Aires, desde el 13 de octubre de 1933 hasta el 24 de mayo de 1934, donde la compañía de Lola Membrives representaba sus obras con éxito sin precedentes: a fines de 1933 *«Bodas de Sangre»* había alcanzado ya las cien representaciones. Es sabido, sin embargo, que no permaneció todos esos meses en Buenos Aires. Desde el 30 de enero hasta el 16 de febrero de 1934 estuvo en Montevideo, trabó amistad con escritores y periodistas uruguayos, conoció el fervor y admiración del público, disfrutó del aire estival de las costas montevideanas, se alojó en el Hotel Carrasco y dictó tres conferencias, célebres por la jerarquía de los temas expuestos y por la unánime aclamación de los concurrentes.

El tercer acto de *Yerma*

Venía Federico acompañado por Juan Reforzo, empresario y esposo de Lola Membrives. Aprovechaba un descanso de la temporada veraniega del teatro en Argentina y procuraba afianzar relaciones con los centros culturales y artísticos montevideanos. Era también una coyuntura excelente para gozar del hechizo playero, para cambiar de ambiente y para reposar. Y era, por sobre todo, el momento propicio para la creación: en Buenos Aires había escrito los dos primeros actos de *«Yerma»*. En Montevideo pensaba escribir el terceto y culminar la obra.

El día 30 de enero, por la mañana, llegó al puerto Federico. Allí lo aguardaban el embajador de España, Enrique Díez Canedo y Emilio Oribe y Enrique Amorim para tributar los agasajos de la recepción por parte de los escritores nacionales. La prensa, obviamente, había enviado al puerto sus representantes. Entre los periodistas no faltaban figuras como la de José Mora Guarnido, quien había de cubrir la información en las columnas de *El Ideal.* Era, además, desde los tiempos de la infancia, amigo del poeta. En su obra *Federico García Lorca y su Mundo,* José Mora Guarnido expresa que, estando Federico en Montevideo, el poeta y crítico Enrique Díez Canedo, entonces Embajador de España en Uruguay y el propio Mora Guarnido, lo habían perdido de vista. El granadino se alojaba en el Hotel Carrasco, donde desapareció, al decir de Mora Guarnido, «entre sus nuevos grupos de amigos».

«Nos quedamos sin nuestro Federico», se quejaba Díez Canedo. Y, en efecto, el autor de *«Bodas de Sangre»* vivía como en un «simulado secuestro». Cuenta Mora Guarnido que cuando iban hasta Carrasco y llegaban al hotel, allí se les decía que el señor Lorca no estaba; si llamaban por teléfono, el telefonista respondía que el señor Lorca ha salido. Y si al fin encontraban al esquivo poeta, éste, sorprendido, decía: «Pues yo estaba... A esa hora estaba trabajando».

¿Qué razón había para tan extraña actitud? «Que Lorca estaba escribiendo *Yerma*, contesta Mora Guarnido, y había en sus invitantes un sustancial interés en aprovechar la cir-

cunstancia y conseguir del huésped una entrega de la nueva obra en favorables condiciones de exclusividad.»

La prensa informó, con abundancia de pormenores, sobre los proyectos de Federico y sobre la actividad programada. Deseaba consagrar una semana para conocer Montevideo y manifestarse ante el público a través de dos conferencias. Una de ellas se efectuaría en un teatro capitalino, con entradas que deberían pagarse, como en cualquier función habitual, y destinada a un público mayoritario; la otra, dirigida a escritores, artistas y periodistas, sería gratuita.

Pero tales proyectos no pudieron cumplirse. El éxito popular superó las previsiones y obligó a modificar los planes. «En sólo quince días», escribe Norah Giraldi de Deicas en un importante trabajo, «se agotó la edición de su *Romancero Gitano;* y en ese ámbito, el poeta es asediado por las calles, en los cafés, a la salida del teatro, en la Rambla». Las dos conferencias programadas se convierten en tres, todas ellas en el Teatro 18 de Julio y según las normas estipuladas en contrato celebrado por Juan Reforzo, el empresario. Charlas incesantes, reuniones con amistades mantenidas durante años o nacidas al calor de su prestigio como poeta y dramaturgo, como conferencista brillante y como cautivante conversador, alargaron el paso de la visita; en lugar de una semana Federico permaneció dieciocho días en Montevideo.

Juana de Ibarbourou ha dejado, como evocación del paso del poeta por Montevideo, páginas de alto valor emotivo y testimonial. «En aquellos días que rememoro», escribe la autora de *«Las lenguas de diamante»,* «vivo, ágil, alegre, flor de la raza, García Lorca estaba en Montevideo y era rodeado y mimado por dos mundos casi antagónicos que suelen mirarse irónicamente de reojo: el social y el intelectual. Lo recuerdo vestido de overol azul, desafío de muchacho a los convencionalismos, su noble cabezota, sus hermosos ojos color castaño extrañamente melancólicos a pesar de la euforia de todo su ser, sus arrebatos y ¡ay!, sus grandes, entusiastas proyectos para el futuro».

Las conferencias

No escatimó la prensa capitalina las noticias de cada una de esas dieciocho jornadas de un verano que provocó el embeleso del poeta. La tranquilidad para concluir *«Yerma»* era lograda a duras penas, entre las fotos y las caricaturas de los periódicos, los reportajes y las entrevistas, los encuentros y los intercambios de libros, las firmas de autógrafos y las peroraciones amables. Junto con las noticias, la prensa tampoco escatimó las palabras elogiosas. «Nuestro grato visitante» fue expresión reiterada con generosidad. Y los aplausos dirigidos al «joven artista que encabeza en su patria un movimiento de renovación de la lírica castellana» se oyeron (o se leyeron) prácticamente en todos los diarios de Montevideo.

Eran, sin duda, elogios más que merecidos. Los días 6, 9 y 14 de febrero de 1934, mediante otras tantas conferencias, Federico demostró una vez más —en «vivo»— las dimensiones de su talento.

El 15 de febrero, un día antes de su partida, Federico decidió rendir un homenaje a la memoria de quien fue su amigo entrañable en las conversaciones mantenidas en el madrileño café de Gijón. Se trataba del pintor Rafael Barradas, amigo común del poeta y de Mora Guarnido, quien consagra un conmovido párrafo, en su libro ya citado, a la visita de Federico a la tumba del pintor, en el cementerio del Buceo. «Fue un día triste y lluvioso, como previamente elegido para tal circunstancias», anota Mora Guarnido.

El homenaje de Lorca fue sencillo y emocionante: en silencio, con lentitud, arrojó unas «humildes florecillas» en la tumba de su amigo. Después Federico y quienes lo acompañaban se alejaron, siempre en silencio y con paso tardo.

Reproducir el contenido de las disertaciones rebasaría el carácter evocativo de esta nota. Todos los lectores de Federico las recordarán: son páginas recogidas en sus obras completas, preparadas algunas de ellas con motivo de su viaje a Nueva York en 1929, leídas en la Universidad de Columbia, en La Habana (la tercera se leyó por primera vez en Barcelona en 1932) y también, pocas semanas antes en Buenos Aires. Constituyen, en realidad, tres espléndidos ensayos que desarrollan la concepción de García Lorca sobre la poesía conectada con las raíces populares y sociales del arte. La primera se tituló «Juego y teoría del duende», y fue siempre apreciada con la misma intensidad con la que recibió el público en aquella velada del 6 de febrero de 1934. ¿Quién ha podido olvidar a ese duende que nace de la sangre del artista y que ningún filósofo explica? ¿Quién no recuerda la conferencia entre el ángel, la musa y el duende? Los primeros vienen de afuera, pero el duende está escondido en la íntima oscuridad del artista, y es preciso despertarlo para que anime el canto, el baile o el poema. Y para que sus oyentes no se quedasen sólo con la exposición discursiva de las palabras, Federico recitó, al concluir, el «Romance de la luna, luna». El poeta había encarnado su propia teoría del duende, y el público, deslumbrado, lo premió con entusiasmo.

Igual entusiasmo estalló al final de la segunda conferencia, cuyo tema versó sobre los cantos populares de Granada, su ciudad natal. En las obras completas se las conoce como «las nanas infantiles», y en ella Lorca declaró el valor de la poesía popular y de esas melodías que Rodrigo Caro llamó, según el propio Lorca, «reverendas madres de todos los cantares». Los aplausos del público, las alabanzas de la crítica, el deseo renovado de oír su palabra, allanaron el camino para una tercera conferencia. Pero esta vez Lorca varió los temas y sorprendió al auditorio con un sesgo inesperado de su pensamiento. Ya no hablaba el andaluz experto en cantos populares y embebido en las corrientes folclóricas, sino el poeta en su acepción más general, sometido a la experiencia de los días vividos en Nueva York. Era el contraste de una sensibilidad luminosa con los ambientes sombríos de una urbe moderna y vasta; el choque de un temperamento ardiente y comunicativo con el ir y venir de las muchedumbres ensimismadas y solitarias; el asombro de quien se siente «como un niño en la selva», y la tristeza provocada por los barrios de Harlem.

De todo ello habló el 14 de febrero de 1934. Dos días después se embarcaba para Buenos Aires. De allí saldría, el 24 de mayo, rumbo a su patria. Había dejado atrás el exilio, la admiración y el cariño generado en la ciudades rioplanteses, y la promesa de un retorno para el año próximo. Tal promesa se frustraría. En España lo aguardaban las tormentas de 1936 y las balas que le mataron en su Granada.

Alejandro Paternain